

Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares: una hipótesis sobre los límites de la racionalidad burguesa moderna*

Carlos Antonio Aguirre Rojas
Contrahistorias

Palabras clave: indicio, paradigma indiciario, lectura indiciaria, estrategia indiciaria, saber popular, crisis de los saberes actuales

Resumen:

Este ensayo pretende reconstruir algunas de las principales implicaciones metodológicas, historiográficas y epistemológicas derivadas del célebre artículo de Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma indiciario". Así, resituando el ensayo dentro del conjunto de la obra de Ginzburg, y también en el contexto epistemológico reciente, se trata de desglosar las diversas acepciones de *indicio*, *paradigma indiciario*, *estrategia indiciaria* y *lectura indiciaria* para articular más explícitamente los aportes de esta esencial pieza de la metodología y de las ciencias sociales actuales.

I

El conocimiento de todos los hechos humanos en el pasado, y de la mayoría de ellos en el presente, tiene como primera característica la de ser (según la feliz expresión de François Simiand) un conocimiento por medio de *indicios* (Bloch, 1993: 103).

El hoy célebre ensayo metodológico escrito por Carlo Ginzburg, "Spie. Radici di un paradigma indiziario" ("Indicios. Raíces de un paradigma indiciario"), fue gestado y madurado intelectualmente entre los años de 1976 y 1978, es decir, inmediatamente después de la publicación de su también célebre libro *El queso y los gusanos*.¹ Ubicado entonces, en un *primer* nivel, como un ensayo que extrae a escala epistemológica general algunas de las principales lecciones de método derivadas de esa obra pero, al mismo tiempo y de modo más general, como una reflexión global acerca del método y la perspectiva aprendidas y desarrolladas por el propio Ginzburg, a lo largo de todo su periplo intelectual hasta ese momento, este ensayo "Indicios" estaba destinado, desde su primera publicación, a una fortuna realmente excepcional.

Apareció publicado por primera vez en 1978 en la *Rivista di Storia Contemporanea* (Ginzburg, 1978), y fue republicado en 1979, en una versión considerablemente más amplia y desarrollada (Ginzburg, 1979),² en el libro colectivo *Crisi della Ragione* (Gargani, 1979). Desde estas primeras ediciones italianas, este ensayo despertó enorme interés y vivas

polémicas, primero en el ámbito intelectual italiano; después, mediante sucesivas traducciones a otras lenguas, en el ámbito académico europeo, e incluso en toda la historiografía y las ciencias sociales del mundo, para convertirse hoy en el más importante ensayo de metodología histórica escrito en los últimos cuarenta y cinco años, solo comparable por su relevancia y profundo impacto intelectual, dentro de la historiografía y las ciencias sociales del siglo XX, con el también excepcional ensayo de Fernand Braudel, “Historia y ciencias sociales. La larga duración”, publicado en 1958.

Desde su aparición, este artículo suscitó múltiples comentarios, tanto críticos como inquisitivos o laudatorios, y generó una verdadera lluvia de iniciativas por las que Carlo Ginzburg era invitado a exponer o debatir las tesis de su ensayo en universidades italianas y en distintos foros académicos e intelectuales. El vivo interés y la enorme difusión de este ensayo más adelante adquirieron dimensión europea y luego mundial, a lo que hay que agregar las reediciones, derivadas del hecho de que en 1986, fue incluido dentro del libro *Mitos, emblemas, indicios*, traducido a once idiomas.³

Así, mediante múltiples traducciones y reediciones, este ensayo de Carlo Ginzburg “ha hecho mundo”, se ha difundido en todas las historiografías nacionales del planeta y ha provocado, también a esa escala, las más diversas lecturas y las más variadas interpretaciones —en muchas ocasiones absurdas y estrambóticas malas interpretaciones—, para convertirse hoy en uno de los *referentes metodológicos imprescindibles*, dentro de la formación de todo historiador actualizado respecto de los desarrollos principales de la historiografía mundial vigente.

Este escrito ha tenido un impacto mundial extraordinario y un abanico de ecos y reacciones tan heterogéneo que, solo dentro del mundo de habla hispana, ya ha conocido siete diferentes ediciones,⁴ además de contar entre sus innumerables lectores y comentaristas incluso al Subcomandante Insurgente Marcos, vocero oficial del digno movimiento indígena neozapatista mexicano.⁵

Estos ecos e irradiación excepcionales estuvieron a tono con la propia reacción del autor. Como lo ha declarado en varias ocasiones —y una vez más a contracorriente de los hábitos mayoritarios del mundo académico—, su respuesta frente a esta amplísima e inusitada recepción fue tomar distancia radicalmente respecto del término *paradigma indiciario*, se negó a utilizarlo nuevamente durante más de veinte años, y rechazó explícitamente convertirse en el “padre” o “teórico” mundial de ese paradigma.

Lo que, sin embargo, no impidió, como él mismo reconoce, que las tesis e hipótesis de dicho ensayo siguieran animando en profundidad todo su trabajo intelectual posterior, pero también, y más allá de su propia voluntad, el hecho de que en el mundo entero, la tesis de este paradigma indiciario se asocie inevitable y recurrentemente con el nombre del autor del difundido libro *El queso y los gusanos*.⁶

El periplo excepcional de “Indicios” nos lleva a preguntarnos acerca de las razones de su difusión planetaria y de sus prolongados ecos intelectuales, tanto dentro de la historiografía mundial contemporánea, como dentro de un sector importante de la comunidad internacional de científicos sociales, que incluye a psicólogos, filósofos, antropólogos, teóricos de la literatura, epistemólogos y lingüistas, entre otros varios.

Si queremos comprender cabalmente las razones esenciales de esos vastos ecos y de ese enorme impacto de “Indicios”, resulta útil compararlo nuevamente con el célebre ensayo braudeliano sobre “Historia y ciencias sociales. La larga duración”. Pues una primera razón importante del hondo efecto de ambos ensayos estriba en que en ellos se hace *consciente y explícito* todo un específico *modo de aproximación y luego de conocimiento de la realidad*, modo que al ser teorizado y establecido en sus implicaciones principales, *por vez primera dentro de la historia*, revela sus grandes potencialidades cognoscitivas y heurísticas.

Porque el mérito, tanto de Fernand Braudel en 1958 como de Carlo Ginzburg en 1978-79, no está en haber “descubierto” o “creado” por vez primera esos específicos modos de conocimiento de la realidad o *estrategias epistemológicas de aprehensión de lo real*, sino más bien en *haber hecho explícitos y en haber teorizado* dichos modos o estrategias, incorporándolos, aquí sí por vez primera, dentro del abanico *consciente* de las posibles formas de cognoscibilidad de la realidad objetiva, en este caso histórica y social en general.⁷ Es decir, en haber efectuado, dentro de las ciencias sociales, algo equivalente a lo que sucedió en el momento en que Cristóbal Colón descubrió América. Pues si bien los hombres habitaban ya este continente desde hacía milenios, e incluso América había sido ya antes conocida por europeos y chinos antes de la llegada de Colón, sin embargo, es solamente *después* de los viajes de Colón que va a asumirse el hecho elemental pero fundamental de que la Tierra es redonda y, con ello, todas las múltiples, complejas y esenciales implicaciones de esta redondez. Del mismo modo en que, gracias al texto de Fernand Braudel, los hombres asumirán por primera vez de manera consciente y orgánica la diversidad y la multiplicidad de los distintos tiempos históricos y sociales, lo mismo que

después de Carlo Ginzburg, asumirán también consciente y sistemáticamente la existencia, los usos, la riqueza y las implicaciones de la aplicación del paradigma y de la estrategia indiciarios, dentro de las formas del conocimiento humano de la realidad.

Lo que “Indicios” realiza es el proceso de *explicitación* y *teorización* de una estrategia cognoscitiva de existencia milenaria y de efectos múltiples a todo lo largo y ancho de la historia; una estrategia vinculada de modo privilegiado con el vasto universo de los saberes populares nacidos de la experiencia directa, que posee entonces alcances universales, tanto en lo que respecta a su duración y a su extensión geográfico-espacial, como también a la variedad y riqueza de sus manifestaciones.

Pues ese conocimiento a través de *indicios* o *huellas* ha existido desde los tiempos de los más antiguos cazadores y hasta nuestra época en, por ejemplo, los psicoanalistas actuales; así como en China, Rusia, Europa o Japón, y en las montañas del sureste mexicano, en África o en toda América Latina. E igualmente se ha manifestado como saber del campesino indígena rebelde que escapa a los poderosos, que como método detectivesco en la novela británica, pero también como método policial de control en la India, o como apoyo logístico de los ejércitos de la contrainsurgencia colombiana, o salvadoreña, o mexicana o norteamericana.

No obstante la extensión universal en términos temporales, espaciales y dimensionales de este conocimiento indiciario, no había sido explicitado y teorizado de *modo orgánico y sistemático* antes del ensayo de Carlo Ginzburg. Lo que este hará, y desarrollará además algunas de sus principales implicaciones, en primer lugar para la ciencia histórica, luego para las ciencias sociales en general y, finalmente, para el propio conocimiento humano en general.

Asumir de manera *orgánica* las implicaciones del conocimiento apoyado en los indicios nos lleva entonces a modificar, de manera sustantiva y fundamental, nuestras concepciones habituales respecto de lo que es, por ejemplo, el objeto general de estudio de la ciencia histórica —y por esta vía, el objeto mismo de las ciencias sociales en general—, pero también respecto de los modos de, en primer lugar, observar y analizar la realidad histórica y también social, pero en segundo lugar e íntimamente correlacionado con esto, de los modos de razonar y pensar sobre estas realidades, así como de las formas de explicar y explicarse las mismas. E igualmente nos obliga a cambiar nuestra relación hacia los

posibles resultados de este conocimiento social e histórico —e incluso, quizá, también del mundo natural—, conocimiento renovado por estas ampliaciones de los objetos y por estas transformaciones de los modos de acercamiento a la historia y a la sociedad, asumiendo también el cambio radical del *estatuto general* mismo que posee ahora ese conocimiento histórico social y en general. Expliquemos esto con más detalle.

A partir del rescate de los indicios, como fuente también esencial de la generación del conocimiento humano, se *amplía* enormemente el objeto de estudio mismo de las ciencias sociales y de la historia en general, para quedarnos por ahora dentro de este universo de lo social-humano en el tiempo. Se amplía de una doble manera.

Primero, porque a través de esos *espías* que son los *indicios*,⁸ se nos abre el acceso a todo un conjunto de realidades que antes, y hasta hace muy poco tiempo, habían sido simplemente *ignoradas* por la historia y por las ciencias sociales anteriores. Realidades ignoradas, a veces por su carácter huidizo o inaccesible, o por las dificultades que implicaba la escasez de testimonios, de fuentes, o de puntos de apoyo para su conocimiento; pero en otras ocasiones ignoradas también por ser realidades abiertamente despreciadas, marginadas, reprimidas y silenciadas por los poderes dominantes y por los discursos hegemónicos que les corresponden.

Realidades ocultas y marginales que no eran evidentes de modo inmediato a primera vista, y a las que ahora nos es posible penetrar mediante la estrategia epistemológica de la búsqueda y desciframiento de los indicios. Por ejemplo, la realidad de la cultura de las clases subalternas, cultura que siendo durante siglos y milenios una cultura predominantemente *oral*, no ha dejado como testimonio de su propia existencia y de sus características principales, otra cosa que diferentes ruinas —en el sentido benjaminiano de este término—,⁹ es decir, elementos solo fragmentarios, incompletos y parciales, al modo de simples huellas o rastros, deformados, distorsionados, indirectos y solo legibles con dificultad.

Una cultura subalterna que solo puede ser captada de manera oblicua, y desde esos rastros o indicios que aún sobreviven de ella,¹⁰ cuyo estudio y escudriñamiento minuciosos por parte de Carlo Ginzburg lo llevaron precisamente, entre otros caminos, hacia la explicitación del paradigma indiciario. Porque recuperando en torno de este desciframiento y explicación de la cultura popular, las lecciones aprendidas de Leo Spitzer, Eric Auerbach, Theodor Adorno, Sigmund Freud y Marc Bloch, entre otros, Carlo Ginzburg, mediante esos métodos spitzerianos y auerbachianos de la lectura intensiva de los textos, del adorniano

desciframiento de los densos epigramas que condensan realidades ocultas y profundas, de la explicación freudiana de los síntomas y los signos reveladores, y de la blochiana interpretación de los contenidos que revelan involuntariamente los testimonios voluntarios e involuntarios, ha logrado reconstruir las estructuras principales constitutivas de la cultura campesina y de la cultura popular de Italia y de Europa en el singular “largo siglo XVI”.

Porque allí donde el objeto que estudiamos se nos escapa de las manos por su fragilidad, y por su supervivencia solo ruinoso y fragmentaria —como en el caso de estas culturas de las clases subalternas—, se impone el uso de esta búsqueda de los indicios, los que como un mecanismo indirecto y alternativo, nos dan acceso a esas realidades de difícil captación y aprehensión. Esto es, acceso a un vasto universo de temas y problemas históricos fundamentales, pero abandonados por esa dificultad intrínseca de su reconstrucción, que a partir de esta teorización y explicitación del paradigma indiciario se vuelven ahora accesibles al trabajo del historiador, ampliando con ello enormemente el campo u objeto general de la historia.

En segundo lugar, el paradigma indiciario amplía el objeto de la ciencia histórica al superar un viejo y persistente debate inaugurado en el último tercio del siglo XIX, y que recorre casi todo el siglo XX: el debate entre la postura del historicismo y la de los defensores de la ciencia histórica como “ciencia de lo general”, respecto de este mismo objeto de los estudios históricos. Pues frente a esta tenaz división, de quienes defienden que el objeto de la historia está constituido centralmente por los hechos y dimensiones *únicos*, singulares e irrepetibles de los procesos humanos, en contra de quienes afirman que “solo hay ciencia de lo general”, y que el objeto de la historia es precisamente esos hechos comunes, generales y universales del hacer humano en el tiempo, frente a ambas posturas, el paradigma indiciario reivindica, en cambio, la absoluta necesidad de abarcar *ambas dimensiones*, recuperando las tendencias, procesos y elementos *generales*, como también los hechos, dimensiones y caracteres específicamente *individuales* y singulares de la historia.

Porque si los indicios son espías que permiten el acceso a realidades ruinosas y de difícil aprehensión, también son herramientas privilegiadas que hacen posible la captación de la singularidad individual, específica e irrepetible, de cada “caso” histórico respecto de las correlativas normas o leyes de orden general que le corresponden. Ya que el indicio únicamente adquiere sentido (en tanto *indicio*) si es capaz de revestirse de un significado *revelador* de estructuras profundas, y por lo tanto, de procesos y tendencias generales y universales, es decir, si se afirma como un cierto hecho que es solo *aparentemente*

secundario e intrascendente, pero realmente *revelador* de esas estructuras esenciales y profundas, para las miradas especialmente entrenadas en esa detección y explicación de dichos indicios.

Con ello, el paradigma indiciario pone en el centro de su atención esta compleja dialéctica entre norma, ley, tendencia, o proceso *general*, y de otro lado caso, realidad, manifestación, o expresión específica y estrictamente *individual y singular* de dichas dimensiones generales. Con lo cual, no solo supera simultáneamente los límites de la estrecha postura historicista, y las posibles malas interpretaciones y deformaciones de la postura “generalista” o “universalista”, sino que también replantea en nuevos términos esa importante dialéctica entre lo general y lo particular dentro de la historia.

Pues si los indicios dan acceso a la singularidad irrepetible del caso, lo hacen solo dentro de una lógica que considera a este caso investigado, como *el caso de una norma* y, por lo tanto, el elemento *revelador* de la específica totalidad de la que forma parte dicho caso. O como lo dice el propio Ginzburg: “Si las pretensiones de conocimiento sistemático parecen cada vez más inconstantes, no por ello debe ser abandonada la idea de totalidad. Por el contrario: la existencia de una conexión profunda que explica los fenómenos superficiales es reafirmada en el momento mismo en que se sostiene que un conocimiento directo de tal conexión no es posible. Si la realidad es opaca, existen ciertos puntos privilegiados —señales, indicios— que nos permiten descifrarla”. Para rematar: “Esta idea, que constituye el núcleo del paradigma indiciario o sintomatológico, se ha abierto camino en los ámbitos cognoscitivos más variados, modelando en profundidad a las ciencias humanas” (Ginzburg, 2003a: 151-152).¹¹

Al ampliar así el objeto de la historia —y también de las ciencias sociales en general—, al incluir tanto a los elementos y dimensiones generales como a las realidades y hechos particulares del hacer humano-social, el paradigma indiciario nos permite dar cuenta del caso individual en su especificidad, pero también *desde* lo universal y como lección esencial para la construcción y definición de ese mismo universal. Lo que además de recuperar y dar sentido a la oportuna exigencia de Marx —incorporar como uno de los niveles del análisis de la totalidad también las dimensiones histórico-concretas de la realidad investigada—, emparenta y vincula a la historia con otras disciplinas de estudio de lo social, e incluso más allá, las que cada vez asumen más conscientemente la tesis de que el buen juez extrae siempre lecciones generales de cada nuevo caso particular juzgado, así como el médico enriquece su visión general de una enfermedad con cada nuevo paciente, mientras que el buen detective perfecciona su conocimiento de los patrones criminales

generales con cada crimen singular que resuelve, del mismo modo en que el buen historiador desarrolla su concepción y su capacidad general de explicación de la historia a partir de cada nuevo estudio de un proceso histórico.

Porque si todos padecemos de gripe, cada cuerpo la vive y la sufre de un modo único y singular, igual que el hecho de que todos estamos sometidos a las leyes del inconsciente y de los complejos universales, pero cada uno de nosotros actualiza y escenifica esos complejos y esa vigencia del inconsciente de un modo completamente personal e irrepetible. Y es justo a través del desciframiento de los indicios que se restituyen, tanto esa singularidad particular del caso individual, como también esa obvia e ineludible presencia y manifestación de la norma o del patrón general y universal dentro del caso en cuestión.

De este modo, la explicitación del paradigma indiciario amplía las fronteras del objeto de la ciencia histórica en un doble sentido: primero, al darnos acceso a una serie de realidades de difícil aprehensión, por haber sido marginadas, reprimidas o silenciadas, o por haber sobrevivido solo en estado de ruinas y fragmentos y, segundo, al incluir por igual las dimensiones tanto generales como particulares de los procesos históricos, replanteándolas y concibiéndolas de un modo novedoso y original, pero también superador de las viejas visiones basadas en antinomias simplistas y excluyentes.¹² Visión más amplia y más adecuada de los objetos de estudio de la disciplina histórica, que se corresponde además con una clara asunción del verdadero estatuto del conocimiento histórico, y hasta del conocimiento de lo social en general, asunción que abre e inaugura el reto de la futura edificación global de un nuevo paradigma epistemológico general, *exclusivamente característico* de todo este conjunto de las ciencias sociales consideradas en su totalidad.

Los vastos alcances generales y el valor universal del paradigma indiciario se revelan también cuando asumimos que el mismo representa una clara y radical “toma de conciencia” del específico *estatuto epistemológico que poseen las ciencias humanas o sociales* en general, como un estatuto que es, de modo *necesario*, algo radicalmente diferente del estatuto cognoscitivo de las ciencias naturales. Porque si todavía en el siglo XIX —e incluso durante un buen segmento del siglo XX— la historia vivió bajo la ilusión de compartir el *mismo paradigma* de cientificidad que las ciencias naturales, eso la llevó siempre a callejones sin salida, que la conducían a la alternativa entre construir verdades exactas pero irrelevantes o, en el otro extremo, establecer verdades cualitativas y profundas

pero solo conjeturables, inciertas y aproximativas. Y todo ello por tratar de imitar, fallidamente, un paradigma galileano que es esencialmente cuantitativo, generalizador y abstracto, y que sacrificaba y marginaba lo cualitativo, lo individual y lo concreto de los específicos fenómenos estudiados.

Pero si, como nos lo recordó Marx siguiendo a Vico, “la historia de la humanidad se diferencia de la historia natural en que la primera la hemos hecho nosotros y la otra no”,¹³ entonces es claro que el paradigma epistemológico general de una y otra historia *no puede ser el mismo* y, por lo tanto, esa historia de la humanidad, y con ello las distintas ciencias sociales que la estudian, deberán construir su singular y exclusivo paradigma epistemológico, diverso del paradigma que intenta aprehender al mundo de la naturaleza, y solo correspondiente a esta indagación de la obra de los hombres en el tiempo.

Ya que en el vasto campo de ese hacer humano en el tiempo que es el objeto de todas las llamadas ciencias sociales aparecen factores que *no* están presentes en el mundo de la naturaleza, como la libertad humana, la voluntad y la conciencia de los hombres, junto a la intencionalidad y la creatividad del género humano, entre otros elementos, lo que genera una realidad que, para ser explicada, requiere de *otras y muy diferentes* estrategias cognoscitivas a las que empleamos para aprehender y explicar el mundo natural. Estrategias cognoscitivas divergentes de las utilizadas por las ciencias naturales, entre las que se incluye sin duda la estrategia del paradigma indiciario.

Porque al introducir dentro de la realidad de lo social todos esos elementos derivados de la presencia e influencia de lo humano, no solo construimos un nivel de fenómenos de una *mayor complejidad* que la de los fenómenos del mundo natural, sino también todo un universo de elementos que funcionan con *otra lógica*, otro sentido y otros modos de funcionamiento distintos de los puramente naturales. Lo que complica y limita la aplicación del paradigma galileano para el estudio de estas realidades sociales; y muestra, como muy estrechas, la cuantificación rigurosa, la matematización del mundo, la generalización permanente y la constante reducción de lo concreto a lo abstracto, operaciones propias de este modelo de cientificidad. Frente a la estrechez de esta estrategia y modelo galileanos, se legitima y reivindica el paradigma indiciario, mucho más elástico y flexible, y por ende, más capaz de captar lo cualitativo, lo individual, lo concreto y lo singular, si bien desde una estrategia que aún hoy está menos formalizada, establecida y precisa que aquella delineada por Galileo hace aproximadamente medio milenio.

Debe también considerarse que las ciencias sociales son profundamente distintas de las ciencias naturales, no solo porque en las primeras el sujeto que conoce coincide con el objeto por conocer —siendo en ambos casos, como es obvio, la humanidad misma—, sino también porque, como bien lo ha señalado Marc Bloch, en el campo de las ciencias sociales la *experimentación*, entendida como la reproducción consciente, voluntaria y regulada del fenómeno estudiado, simplemente no existe.¹⁴ Lo que implica que tanto la verificación como la prueba sean muy diferentes de las de las ciencias naturales, pero también que las verdades que elaboran las ciencias sociales sean cualitativamente distintas de las verdades sobre el mundo natural o sobre el universo hasta ahora conocido.

El conocimiento de lo social alude a una realidad que no es reproducible de manera experimental; una realidad que, en la mayoría de los casos, solo se conoce por vías *indirectas*; y, en consecuencia, es un conocimiento que tendrá que apoyarse en distintos tipos de testimonios y fuentes, pero también —y reiteradamente— en la búsqueda y el desciframiento de todo tipo de huellas, vestigios, rastros, signos, señales, síntomas o indicios.

Pero si este conocimiento de lo social es radicalmente diverso del conocimiento de lo natural, y si utiliza otras lógicas y otras estrategias cognoscitivas, siendo además un conocimiento no experimental y muchas veces indirecto y apoyado en los indicios, entonces es comprensible que también sea distinto su principal resultado intelectual, es decir, el tipo de verdad que él mismo genera. Pues las verdades que se establecen en el ámbito de lo social *no* serán verdades exactas, rigurosas, comprobables ni precisamente mensurables, sino más bien verdades conjeturables, aproximativas, hipotéticas y más bien cualitativas, aunque igualmente serias, razonadas y fundamentadas. Porque en su inmensa mayoría, los “hechos duros” de la historia —y también de la economía, la sociología, la psicología, etcétera—, que son hechos ciertos y comprobables, son generalmente los hechos más superficiales y menos importantes, mientras que las estructuras profundas y los procesos esenciales de esa misma historia y de esas distintas realidades sociales son los que solo podemos conocer de ese modo vinculado más que a lo cierto y a lo exacto, a lo “infinitamente probable” o enormemente verosímil.

Se flexibiliza así la noción misma de verdad, para abrir el abanico de su definición, y abarcar en esta la gradación que va desde lo cierto hacia lo verdadero, de este último hacia lo verosímil, y luego hacia lo probable y hasta lo simplemente posible, entre otros varios. El paradigma indiciario cambia también totalmente la noción, la función y el estatuto de la *prueba* en la historia y en las ciencias sociales, al mismo tiempo que incorpora, junto a la

deducción y la inducción, a la abducción de Charles Peirce, legitimando el razonamiento probabilístico y la comparación analógica dentro de las actuales vías de construcción de las ciencias sociales contemporáneas.¹⁵

II

Elías Contreras, como la mayoría de los zapatistas, era un cazador. Y como tal sabía *huellar* al animal. Es decir, sabía seguirle el rastro. El rastro, la huella, el vestigio, la pista. Entre el cazador y el detective hay este hilo común. (Subcomandante Insurgente Marcos, “En memoria de Bertold Brecht”, 5 de junio de 2006).

A tono con esta “explosión” y dilatación del objeto de la ciencia histórica, y esta reivindicación del estatuto singular del conocimiento sobre lo social humano en la historia, y de la concomitante transformación de las nociones de verdad, de prueba y del modo de la inferencia cognoscitiva en juego, van a ampliarse, y a trastocarse también, tanto las jerarquías particulares como las clasificaciones específicas y hasta los límites determinados de los *modos del saber* hoy todavía vigentes. Pues dado el estatuto no experimental y muchas veces indirecto y conjetural del conocimiento de lo histórico y de lo social, y dados también los problemas por resolver por este paradigma indiciario, de esas realidades difícilmente aprehensibles y de esos casos individuales en su conexión singular con la ley o norma general, va a replantearse nuevamente el problema de los *límites específicos de los modos del saber burgués-moderno*, hoy todavía ampliamente extendido y dominante.

El saber burgués característico de la modernidad es condensado ejemplarmente en el paradigma galileano de la científicidad, cuyos rasgos principales son la reivindicación de los procesos racionales formalizables, que llevan a cabo operaciones lógicas como la inducción y la deducción y que, apoyados tanto en el conocimiento libresco y en el trabajo del cerebro, como también en el experimento y en la comprobación práctica y empírica, establecen verdades ciertas, exactas, rigurosas y de tendencia mensurable de modo cada vez más preciso. Un saber que, en consecuencia, *no* es capaz de abarcar ni de comprender *otros* modos diversos del saber y del conocer, tan ricos, variados y complejos como el saber del buen catador de vino, o el del conocedor de la obra de arte, o el del fino y agudo psicoanalista, o el buen médico, pero tampoco el del verdadero líder popular, el del buen

carpintero o marinero, el del detective experto, o el del historiador realmente capaz de descubrir y de descifrar los distintos *indicios* del tema de historia que investiga.

Estos límites e incapacidad de aprehensión de este saber burgués-moderno serán evidenciados por el paradigma indiciario, el que, si bien utiliza igualmente ciertos mecanismos de ese mismo saber moderno dominante, no descarta, sin embargo, esos otros modos generadores del saber que son la abducción, el razonamiento probabilístico, el razonamiento fulmíneo, el descubrimiento intelectual de raíces aún inexplicadas, pero incluso también el golpe de vista, la corazonada o hasta la intuición (estos últimos, mecanismos que aún no sabemos explicar racionalmente, pero que muy posiblemente se vinculan con la memoria y el razonamiento instantáneos, con un conocimiento semiconsciente que aflora de pronto, o con certezas o verdades latentes que emergen de pronto y en ciertas circunstancias dadas).

Y ello, no para reivindicar un absurdo y ridículo nuevo irracionalismo moderno — como hacen todas las posiciones del posmodernismo en la historia y en las ciencias sociales—, sino más bien para poner en cuestión y asumir con todas sus consecuencias esos límites cada vez más obvios y cada vez más paralizantes de ese saber burgués dominante, que hoy está en su clara etapa de crisis terminal y definitiva.¹⁶

Esta crisis y límites hoy se manifiestan agudamente en el ámbito de las ciencias naturales como la crítica radical y la superación teórica de los modelos rígidos y simplistas basados en la afirmación de un determinismo lineal y predecible, y en una reversibilidad que ignora olímpicamente los efectos de la flecha del tiempo, a la vez que concibe a los sistemas siempre como sistemas en condiciones de equilibrio, y que persigue la mayor precisión cuantitativa de sus posibles resultados. Lo que, en el ámbito de las ciencias sociales, se reproduce como la crítica a las estructuras “disciplinares” de este mismo conocimiento de lo social, y a las falsas y fallidas propuestas totalmente erróneas —aunque hoy muy de moda— de la interdisciplinariedad, multidisciplinariedad, pluridisciplinariedad o transdisciplinariedad. Lo que, también a su manera, se repite igualmente en el ámbito de las humanidades y las artes, como crítica de su artificial e infundada separación de las ciencias sociales, y como exigencia de historización y explicación crítica de los distintos cánones de lo bello y de lo artístico, a lo largo de los tiempos de la historia humana.¹⁷

La crisis global de los saberes burgueses y modernos hoy dominantes no solo legitima la validez y pertinencia del paradigma indiciario, sino también —y más allá de este último—, nos abre a la revaloración y al rescate de todos aquellos saberes y estrategias

cognoscitivas que la modernidad burguesa despreció y marginó durante cinco siglos, y que hoy retornan nuevamente como saberes y estrategias igualmente legítimas, e igualmente rescatables y fructíferas para la aprehensión más fina, completa y orgánica de nuestras múltiples realidades y de nuestros diversos mundos y universos.

En primer lugar, el saber y de la cultura populares son reconocidos cada vez más como *diferentes* pero no inferiores a la cultura y al saber dominantes, por lo que son estudiados y revalorados para descubrir su carácter dinámico, innovador, creativo y constantemente generador de nuevas formas y contenidos, a partir de su vínculo privilegiado con el mundo de la experiencia, y de su condición como cultura y saber originales y originarios de toda otra posible cultura y de todo otro posible saber.

Si bien es claro que el paradigma indiciario *no* es un elemento o un patrimonio *exclusivo* de las culturas subalternas o de los saberes populares, pues igualmente ha sido y puede ser reapropiado por las clases dominantes y por los saberes hegemónicos, también es claro que dichas clases y culturas subalternas se encuentran *más cercanas* a ese saber a través de indicios, que las clases dominantes. Porque mientras las clases sometidas y explotadas aprehenden siempre el mundo desde la base de sus experiencias directas y, por tanto, asimilan pronto y directamente este saber indiciario de los cazadores, los marineros, los carpinteros o los verdaderos líderes populares, entre otros, las clases dominantes en cambio, que aprehenden el mundo muchas veces desde un conocimiento libresco, y bajo los marcos estrechos del paradigma de cientificidad, primero platónico, y luego galileano, tienen en cambio que *desaprender* parte de lo aprendido, y abrirse más allá de sus propios límites, para ser capaces de asimilar y practicar dicho paradigma indiciario. Lo que, lógicamente, explica en nuestra opinión, el hecho de que haya sido Carlo Ginzburg, estudioso asiduo y puntilloso de las culturas y saberes populares, a las que manifiesta abierta simpatía, el que logró teorizar y explicitar este paradigma epistemológico de la lectura y desciframiento de los indicios.

¿Existe realmente el famoso “espíritu de la época”, el *Zeitgeist* reivindicado por los autores alemanes? Quizá sí o quizá no, pero lo que sin duda sí existe son contextos culturales específicos de cada coyuntura histórica que plantean *problemas similares* a los distintos investigadores y científicos de todo orden que trabajan dentro de estos contextos y estas coyunturas determinadas. Lo que provoca, naturalmente, que autores e investigadores situados en países diferentes, y en disciplinas y campos de estudio también diversos,

lleguen a proponer en ocasiones tesis y planteamientos coincidentes, convergentes, o simplemente cercanos y similares.

No es para nada una casualidad el hecho de que el paradigma indiciario haya sido teorizado y explicitado en 1978-79, es decir, en la coyuntura cultural y social que se creó mundialmente como resultado de las múltiples revoluciones culturales simbolizadas en el año de 1968, pero también —y más en general— en la coyuntura social global posterior a 1972-73, que abre el período de la crisis terminal y definitiva del actual sistema capitalista mundial. Esta coyuntura múltiple y global de crisis de la civilización que hoy padecemos se expresa igualmente en la catástrofe ecológica hacia la que lentamente caminamos, en la crisis económica indetenible (evidente, por ejemplo, en el florecimiento ilimitado y mundial de economías “subterráneas”, “informales”, “ilegales” o “paralelas”), en la crisis social manifiesta en una nueva violencia social incontrolada, y en la crisis de todos los estados y de la política y de lo político modernos, entre otros síntomas; también se manifiesta en el plano cultural como crisis global de la entera configuración de la racionalidad burguesa moderna, y con ello, de todo el conjunto de sus principales estructuras de saber.

Por eso, no es fortuita la coincidencia temporal de la propuesta del paradigma indiciario y su crítica frontal al paradigma galileano, con el nacimiento de la teoría del caos y el desarrollo de los estudios de las ciencias de la complejidad, paralelamente al avance de la perspectiva desarrollada por Immanuel Wallerstein del *análisis de los sistemas-mundo* y su propuesta de *impensar las ciencias sociales actuales*, o a la afirmación y difusión de la corriente historiográfica de la microhistoria italiana, lo mismo que a la popularización y enorme difusión de los trabajos de autores anteriores como Norbert Elías o Walter Benjamin, entre otros.

Esta coincidencia es también la de ciertas preguntas y ciertas respuestas —que más allá del hecho de que en todos los casos citados se trata de distintos *acosos críticos* a las formas de la racionalidad burguesa imperante, y también de la búsqueda de *otros modos* de pensar y razonar, modos realmente alternativos a esa racionalidad burguesa—, se prolonga en la similitud de ciertas tesis y análisis más específicos y particulares. Por ejemplo, en el énfasis que este paradigma indiciario asume respecto de la gran relevancia que poseen los aspectos *cualitativos* e irreductiblemente *individuales* de los hechos históricos o sociales investigados, énfasis que estando presente también en toda la corriente de la microhistoria italiana —a la que el propio Carlo Ginzburg pertenece—, nos conecta igualmente con la crítica que los estudios complejos realizan al objetivo reiterado de las ciencias naturales, de

lograr siempre la mayor *precisión cuantitativa* posible en la explicación y reproducción intelectual de la realidad estudiada.

Pero ya Mandelbrot ha demostrado que *no* existe una sola representación exacta y rigurosa de la costa de Bretaña, porque los mapas posibles de esa costa son infinitos y varían según la escala elegida para su construcción. Entonces ¿cuál es el mapa más exacto y riguroso de la costa de Bretaña? Es una pregunta que no tiene respuesta, e incluso ni siquiera la del mapa que, como en el relato de Borges, mediría lo mismo que la propia realidad geográfica que intenta representar, pues esta última cambia todo el tiempo por la erosión, las mareas, el desgaste terrestre, etcétera.¹⁸ Con lo cual ese objetivo de la mayor precisión cuantitativa y el máximo rigor mensurable se desvanece para ceder su lugar a reproducciones más cualitativas y aproximativas, pero también más individualizadas y específicas, en tanto que conscientes de la escala elegida en función de los objetivos cualitativos de la representación o reproducción escogida.

Junto con dicho énfasis sobre la importancia de lo individual y lo cualitativo, que sin embargo no olvida ni suprime el nivel general y la dimensión cuantitativa, estaría la reivindicación del necesario grado de *incertidumbre* ineliminable que poseen las verdades históricas y también muchas verdades sociales. Incertidumbre que da fundamento y legitimidad al razonamiento conjetural y a la abducción, y que reaparece también en la concepción global de la teoría del caos, la que entre sus postulados centrales afirma que, en la vasta inmensidad del universo, lo que predomina mayoritariamente *no* son los sistemas en situación de equilibrio, sino, por el contrario, los sistemas en situación de bifurcación.

Esto, además de romper con la creencia sostenida durante cinco siglos por el modelo baconiano-newtoniano de la ciencia, introduce entonces el carácter ampliamente vigente del elemento *estocástico* dentro del estudio y explicación de dicho universo y, con ello, no solo el *fin de las certidumbres* antes adquiridas, sino también el reconocimiento del carácter parcial, fragmentario, acotado y también incierto de las verdades hasta hoy obtenidas dentro de las ciencias naturales, también llamadas, lo que hoy parece una cierta ironía, “ciencias exactas”.

Pero si esas verdades de las ciencias naturales se encuentran también sometidas a la vigencia de la flecha del tiempo, y circunscritas a esos espacios restringidos del universo que son los sistemas en equilibrio, entonces el paradigma indiciario que alude a realidades difícilmente accesibles y de comportamientos y trayectorias inciertas quizá también tiene

algo que aportar en el desciframiento y análisis todavía en curso de esa otra vasta parte del universo que *no está* en equilibrio, sino más bien en condiciones de constante bifurcación, y de un caos gobernado por ciertas leyes —a pesar del carácter paradójico de esta última afirmación—.

Igualmente resulta interesante la coincidencia entre la tesis del paradigma indiciario —que exige vincular el caso con la norma, y por esta vía el nivel microhistórico con el nivel macrohistórico, tema central de la microhistoria italiana, y busca los modos complejos de su articulación, de su dialéctica y de su síntesis—, con el similar esfuerzo que plantea Ilya Prigogine en su teoría del caos, de buscar también las conexiones, los juegos recíprocos y las interacciones diversas entre las realidades macroscópicas de nuestro mundo cotidiano, teorizado y explicado por Newton, y de otra parte las realidades microscópicas estudiadas por la mecánica cuántica y por la física de los átomos. Pero también, y en sentido inverso, los múltiples vínculos y la dialéctica específica entre nuestro newtoniano universo mejor conocido, aquí considerado como un nivel microscópico, y el más vasto y lejano universo de las estrellas, los hoyos negros y las diversas realidades cósmico-globales, las que en esta nueva articulación funcionan como el nivel macroscópico.

Se trata, pues, de un movimiento a través de distintas escalas del universo que no solo revela los límites de nuestras capacidades *humanas* de observación y de análisis, y por ende el carácter todavía incipiente, inicial y provisional de todos nuestros conocimientos sobre el mundo natural y sobre el universo —otro claro punto de coincidencia con el paradigma indiciario y con la perspectiva de la microhistoria italiana, en este caso en lo que se refiere a dicha fragilidad, incertidumbre y provisionalidad de nuestros conocimientos de la historia y de la sociedad—, sino que hace evidente, una vez más, el todavía largo camino que nos falta recorrer para alcanzar una más adecuada y certera comprensión del universo y de la naturaleza, pero también de la historia humana y de sus múltiples sociedades desplegadas a lo largo del tiempo.

Del mismo modo que una mirada macroscópica que ve mezclarse una gota de tinta con otra gota de agua *crea percibir* que el agua se ha vuelto gris, mientras que un análisis microscópico revela que las moléculas del agua y de la tinta solamente se han fragmentado y dispersado para combinarse, pero *sin mezclarse* realmente; así, un estudio microscópico y apoyado en la aplicación del paradigma indiciario es capaz de revelar realidades y verdades históricas imperceptibles desde el nivel macrohistórico tradicional.¹⁹

Así, estas simultaneidades señaladas y otras que aquí no hemos desarrollado explican, según creemos, que Carlo Ginzburg tenga la impresión, desde la primera edición de "Indicios", de estar publicando un "ensayo que no dice cosas demasiado nuevas" o también de haber expresado algo "que estaba ya en la atmósfera de ese momento", "dando voz a temas difusos que se mantenían en estado latente". Dicha atmósfera de la época no es otra que la de la crisis terminal, definitiva e irreversible de la limitada racionalidad burguesa moderna, junto a los saberes y a las ciencias que ella ha engendrado. Esta crisis ocasiona múltiples respuestas e intentos de salida: la teoría del caos, la microhistoria italiana, los estudios complejos, el análisis de los sistemas-mundo, la radical y crítica historiografía marxista británica y, también, la tesis del paradigma indiciario que ahora comentamos.

El paradigma indiciario, lejos de ser "una banalidad", constituye más bien una pequeña *revolución epistemológica*, equiparable a la que significó en su momento el artículo sobre la larga duración histórica de Fernand Braudel.²⁰ Pequeña revolución epistemológica que, con este aporte del paradigma indiciario, enriquece y amplía de manera importante nuestras posibilidades generales de aprehensión y de conocimiento de la historia y de lo social-humano, al hacer explícito y al teorizar todo un nuevo modo de conocimiento de lo histórico-social —y quizá más allá—, toda una nueva estrategia epistemológico-cognoscitiva que se suma al acervo importante de las nuevas formas de la racionalidad que, en un futuro no muy lejano, deberán sustituir a las estructuras de saber y a las ciencias burguesas modernas todavía dominantes, formas nuevas de la racionalidad que hoy se encuentran en proceso de construcción y afirmación definitivas.

Al mismo tiempo que este importante ensayo "Indicios" se ha ido difundiendo a escala planetaria, y ha ido afirmándose como uno de los textos hoy ya clásicos de la metodología histórica y de la metodología de las ciencias sociales, se han comenzado a desarrollar también múltiples malas interpretaciones de sus principales tesis, junto a claras simplificaciones de sus propuestas centrales, pero también al lado de extrañas exageraciones de su alcance y de sus posibilidades cognoscitivas específicas.

Pues de la misma manera que muchas de las tesis centrales del marxismo original, o también del ensayo braudeliano sobre *la larga duración*, así también "Indicios" ha sido objeto de las más diversas lecturas y análisis, y, con ello, de deformaciones, simplificaciones y extrañas y desmesuradas interpretaciones. Por ejemplo, la idea de que

absolutamente *todos* los hechos históricos constituyen *indicios* en un sentido estricto, o también la ilusión de que el paradigma indiciario constituye un método *universal* de conocimiento de todas las realidades históricas, e incluso sociales, y tal vez hasta naturales y cósmicas, es decir, que es una especie de llave que abre las puertas de todos los problemas que aborda el conocimiento humano.

Del mismo modo, la idea de que el paradigma indiciario es necesariamente subversivo en sí mismo, y que los *indicios* son fatal y obligadamente revolucionarios. Aunque, en el otro extremo, también la peregrina tesis de que la perspectiva de Carlo Ginzburg sería una de las tantas expresiones de la historiografía posmoderna y, con ello, el ensayo “Indicios”, una crítica radical al paradigma de cientificidad *moderno*, y por ende, una defensa de los puntos de vista posmodernos dentro de la historiografía. O también, la afirmación de que “Indicios” se vincula exclusivamente y de modo forzoso con la historia de los marginados, o con el universo de la cultura popular o de las culturas subalternas. Y ello, entre muchas otras raras y a veces difícilmente imaginables explicaciones o visiones sobre los indicios y el paradigma indiciario.²¹

Estas malas interpretaciones o deformaciones de las tesis del paradigma indiciario, en nuestra opinión, se explican a partir de la novedad y de la complejidad intrínsecas de este ensayo —suerte de palimpsesto que, para argumentar y explicitar sus hipótesis centrales, recorre un arco temporal que abarca toda la historia del hombre, y una enorme variedad de casos que cubren las más variadas formas del conocer humano en la historia— ; pero también, y de modo importante, a partir del hecho de que en tanto que formulación y teorización de toda una estrategia cognoscitiva humana, que es explicitada de manera orgánica por primera vez en la historia, imbrica varios niveles y varias posibles definiciones, que es necesario distinguir y separar claramente, para ser capaces de comprender adecuadamente este paradigma.

Estos niveles y definiciones, en una aproximación detenida y puntual, deben diferenciar entre, primero, el reconocimiento y desciframiento riguroso de los indicios, es decir, la definición de los indicios en sentido *estricto*; en segundo término, la posible lectura indiciaria de hechos que por sí mismos *no* son indicios, o la definición de una suerte de indicios en sentido *amplio*; y en tercer lugar, la asunción y configuración explícita de una estrategia indiciaria de conocimiento de la realidad, o la definición precisa del paradigma indiciario en general. Veamos esto con más detalle.

Si releemos con cuidado “Indicios”, veremos que en todos los casos que Carlo Ginzburg refiere como ejemplos de conformación o aplicación del paradigma indiciario, se repiten ciertos trazos o elementos que, en conjunto, nos permiten intentar una definición puntual de lo que son dichos *indicios*, concebidos en sentido *estricto y riguroso*. Una definición aplicable a las estrategias cognoscitivas de cazadores, adivinos, médicos, carpinteros, jueces, marineros, políticos, alfareros, críticos de arte, psicoanalistas, detectives, y también historiadores, que nos aclara algunas de las más recurrentes y erróneas interpretaciones de este paradigma basado en el desciframiento de los indicios.

Así, un *indicio* en sentido estricto es una huella, rastro, síntoma, trazo, vestigio, señal, signo, o elemento, que siendo el resultado *involuntario*, o del despliegue y existencia de un cierto proceso o de una cierta realidad, o a veces de una creación *inconsciente* de su propio autor, se constituye en un dato que solo *aparentemente* es marginal o intrascendente, pero que analizado con más cuidado, se muestra como un dato *revelador* de una realidad *oculta*, más *profunda y esencial*, realidad que no siendo accesible de un modo *directo y evidente*, y que poseyendo un comportamiento histórico que es *incierto, no previsible y no deducible* a partir de su propio pasado, solo se revela mediante esos datos singulares y privilegiados, mediante esos *indicios*, a aquellas miradas especialmente entrenadas y educadas para descifrar y escudriñar estos datos reveladores.

Esta definición estricta de *indicio* derriba entonces la falsa idea de que *todo* hecho histórico o social es un *indicio*, y que toda realidad o proceso histórico social puede y hasta debe ser explicada mediante el paradigma indiciario; pues es claro que en la sociedad y en la historia existen amplias zonas de hechos evidentes, de realidades obvias y de acceso directo e inmediato al análisis del observador, lo que en este caso hace inútil y hasta ocioso el esfuerzo de detectar indicios, o aplicar una estrategia indiciaria para el conocimiento o desciframiento.

También es claro que, incluso ante realidades ocultas y de difícil acceso, no cualquier manifestación es un *indicio*, sino solamente aquellas que, constituyendo expresiones privilegiadas o singulares de dichas realidades, se conforman como esos datos agudamente *reveladores* de la esencia y de la dialéctica profunda de esas realidades. Pues lo real profundo se manifiesta lo mismo en rasgos intrascendentes y realmente accidentales y secundarios, que en otros rasgos más importantes y significativos, los que al condensar en sí mismos la expresión de dimensiones centrales o estructurantes de dicho nivel de lo real profundo, se constituyen en verdaderas llaves de acceso o puntos privilegiados de

entrada a dichos núcleos esenciales de la realidad. Si la microhistoria italiana ha insistido tanto en que los casos que elige para investigar como microuniversos históricos *no son* los casos estadísticamente “más representativos”, sino más bien aquellos especialmente reveladores de las realidades esenciales macrohistóricas,²² así también los indicios en sentido estricto son solo esos rasgos igualmente *reveladores* de la realidad oculta, aunque muchas veces estén revestidos de un carácter que *solamente en apariencia* los presenta como rasgos marginales, accidentales e intrascendentes.

Mas *solamente en apariencia*, lo que significa que la habilidad para descubrir, ubicar, descifrar y luego interpretar esos indicios *no es* una facultad innata en los hombres, ni tampoco en los historiadores y científicos sociales, sino que es una capacidad que solo se adquiere mediante un difícil y complejo entrenamiento, es decir, mediante un claro proceso de educación de los sentidos, de la razón, de la percepción y de la asociación de todas estas diversas destrezas humanas. Porque del mismo modo en que Engels había ya señalado que nadie nace con la aptitud innata para el pensamiento dialéctico, pensamiento que debe de aprenderse y desarrollarse conscientemente, e igual que la capacidad de detección de las estructuras de la larga duración histórica ha sido una habilidad que Fernand Braudel ha cultivado y ejercitado a lo largo de décadas, así también el hallazgo y la elucidación de los indicios es una capacidad que es necesario desarrollar y cultivar paciente y sistemáticamente.

Este cultivo y educación del desciframiento o suerte de lectura de los indicios no implica únicamente el conocimiento teórico o el razonamiento general de lo que ellos son y de los rasgos que los definen, sino también, y de un modo esencial e imprescindible, la *experiencia práctica reiterada* de su búsqueda, su ubicación, su desmontaje y su explicación. Pues no basta la sola vía teórica para adquirir las capacidades de identificación de la autoría de un cuadro, del descubrimiento del criminal, de la detección de la enfermedad en cuestión, o de la aprehensión de la realidad histórica que se nos escapa y esconde al análisis y a la comprensión.

Es claro que el saber de las clases dominantes ha tendido siempre hacia la abstracción y la generalización, y con ello hacia la teoría; mientras que el saber de las clases subalternas, que nace y se recrea constantemente desde el mundo específico de la experiencia directa, tiende más hacia lo concreto, y lo individual, y con ello hacia las dimensiones prácticas de la realidad; entonces, resulta lógico que el saber indiciario esté *más cerca* y tenga una mayor afinidad con la cultura popular que con la cultura hegemónica,

sin ser, sin embargo, de ningún modo, patrimonio exclusivo de la cultura y saber subalternos.²³

La mayor cercanía del paradigma indiciario con los saberes de las clases subalternas se refuerza por el hecho de que las realidades que son reveladas por los indicios en sentido estricto, no son solo realidades ocultas y de difícil aprehensión, sino también realidades que se comportan y afirman de maneras *inciertas*, no predecibles a partir de sus formas de manifestación y de sus itinerarios específicos pasados. Pues, a diferencia de ciertas realidades del mundo físico o natural, que repiten y reiteran sus comportamientos mientras se mantienen constantes ciertas condiciones de su equilibrio, las realidades estudiadas por los saberes indiciarios, están marcadas, en cambio, por una buena dosis de incertidumbre ineliminable. ¿Cómo reaccionarán las masas populares frente a una nueva medida represiva del poder? o ¿cómo responderá el cuerpo al tratamiento y a las nuevas medicinas suministradas? Pero también ¿cómo estará la pesca o la caza de este día? y ¿cómo responderán la madera o el barro al trabajo del hábil carpintero o del avezado alfarero que los utilizan y moldean?; y ¿cómo juzgar el nuevo caso?, pero también ¿cómo analizar la nueva experiencia histórica bajo examen? Gracias a los indicios en sentido *estricto*, pueden responder con buena probabilidad de acertar el verdadero líder popular o el médico bien adiestrado, lo mismo que el cazador, el pescador, el carpintero, el alfarero, el juez o el historiador, adecuadamente entrenados y educados en la aplicación inteligente y en el uso creativo del paradigma indiciario.

Si la definición de indicio en sentido estricto es clara y presenta los rasgos y elementos presentados, también es un hecho que es posible hablar de una segunda acepción del término *indicio*, acepción que, por lo demás, ha sido igualmente utilizada por Carlo Ginzburg, y que nos llevaría entonces a hablar de indicios en un *sentido amplio o laxo*. Segunda definición posible de los indicios que, siguiendo las lecciones de Marc Bloch, puede explicarse a partir de lo que podríamos llamar la posible *lectura indiciaria* de la realidad histórica o social, lectura que conecta directamente al paradigma indiciario con el más vasto universo de la tradición del pensamiento social crítico del “largo siglo XX”, es decir de los últimos ciento cincuenta años,²⁴ y que es la que lleva a Marc Bloch a afirmar la tesis de que el conocimiento de *todos* los hechos humanos del pasado y de muchos de los hechos del presente se hace “por medio de indicios” (Bloch, 1996: 164),²⁵ y a Carlo Ginzburg la idea de que “[...] todos los historiadores trabajan sobre huellas o indicios, e

incluso el historiador que escribe una historia política a partir de las actas parlamentarias” (2003c: 161). Expliquemos esto.

En el concepto de indicio en sentido *amplio*, subyace la idea de que nosotros, los historiadores o científicos sociales, podemos intentar *leer e interpretar* la realidad que investigamos y, con ello, *todos los hechos y fenómenos* que nos son accesibles de esa realidad bajo estudio, como si se tratara de indicios en sentido estricto, es decir, como otros tantos signos o huellas que ocultan y a la vez revelan una realidad más profunda. Con lo cual, asumimos que todos los hechos, sucesos y elementos que conocemos son *en su conjunto* una serie de diversos *enigmas* por descifrar y, por lo tanto, señales, huellas, o vestigios que nos permitirán acceder a realidades ocultas, estructurales y más profundas que intentamos captar y atrapar. Lo que, entonces, convierte en un cierto sentido a todo hecho humano —del pasado o del presente, de cualquier orden, sea político, económico, social, o cultural, lo mismo que geográfico, cósmico, o natural—, en un posible “vestigio” o huella escudriñable e interpretable, es decir, en indicios —si bien indicios en un sentido amplio—, a los que podrá aplicarse del mismo modo la estrategia cognoscitiva del paradigma indiciario.

En este caso, es claro que se trata de una suerte de “forzamiento” de la realidad, forzamiento legítimo como mecanismo cognoscitivo humano, que aplica a esa realidad una estrategia de acercamiento y de aprehensión que persigue obligarla a *decir más* sobre sí misma de lo que en principio, o en una aproximación más simple y directa, esta realidad parecería querer mostrar de sí. Forzamiento que asume cualquier hecho humano como si fuese un verdadero *indicio*, y que sigue, sin duda, los pasos de las lecciones de Marc Bloch en torno de este punto.

Pues en su brillante e inconclusa obra *Apología para la Historia*, Bloch había explicado ya la diferencia entre testimonios históricos voluntarios e involuntarios, y señalado cómo los primeros habían sido directamente producidos o creados para servir como fuentes de un posible futuro historiador, mientras los segundos eran frutos del hacer humano, fabricados para otros fines, prácticos o sociales, pero que al paso del tiempo eran rescatados por esos mismos cultivadores de Clío como posibles fuentes de sus reconstrucciones históricas específicas.

Luego de hacer esta distinción, obvia pero importante, entre testimonios voluntarios e involuntarios, Marc Bloch daba audazmente un paso adelante, y planteaba también la idea de que la historia se construía cada vez más mediante una lectura que podríamos llamar

lectura explicitadora de los contenidos *implícitos*, tanto de los testimonios voluntarios como de los involuntarios. Lectura que, interrogando de manera oblicua a esos testimonios, estaba concentrada sobre todo en lo que estos últimos “nos dejan entender sin quererlo decir”, o dicho en otros términos, una lectura que, construida a partir de un cuestionario o encuesta inteligentemente planteados, habría logrado, “saber de él [del pasado a través de sus diversos testimonios] mucho más de lo que había tenido a bien darnos a conocer”.²⁶

Carlo Ginzburg prolonga esta línea blochiana de acercamiento a los hechos históricos y sociales del pasado y del presente, y va a postular lo que podríamos llamar una *lectura indiciaria* de la realidad que, al igual que la lectura explicitadora de Marc Bloch, pretende forzar a la realidad estudiada para obligarla a darnos más de sí misma, y a dejarse explorar y conocer mejor; aunque en este caso, a través de asumir todos los hechos sociales e históricos analizados como si fuesen indicios, o también como indicios en su sentido lato o amplio.

Esto, sin embargo, no impide que Ginzburg perciba claramente la radical diferencia entre trabajar con indicios en sentido estricto, y con indicios en sentido amplio, por lo que aclara que los indicios con los que él ha trabajado, y a través de los cuales reconstruyó la cultura popular y las creencias campesinas de los Benandanti o la cosmovisión del molinero Menocchio, son indicios “más indiciarios que las actas parlamentarias” de la historia política, cuya mención hemos referido ya antes.²⁷ Así, los indicios en sentido amplio sí hacen posible afirmar que *todos* los historiadores trabajan con indicios, lo que constituye en parte el origen de la confusión y de algunas malas interpretaciones del paradigma indiciario.

Es importante subrayar que desplegar esta lectura indiciaria de la realidad, que asume todo hecho humano como indicio, vincula el paradigma indiciario con la tradición del *pensamiento social crítico contemporáneo*, tradición que se inicia con Marx y se prolonga hasta hoy. Asumir todo hecho humano como *enigma* o *indicio* por descifrar es asumir frente a él una actitud de *extrañamiento* o de *distancia crítica*, que rechaza lo evidente y la interpretación habitual y trillada de dicho hecho humano, y se pregunta más bien por sus *otros* posibles significados, por sus mensajes diversos y ocultos, por lo que puede mostrar o descubrir de modo *alternativo* a su inmediatez y obviedad; en suma, por lo que ese hecho social humano puede *revelarnos* de realidades ocultas y profundas, cuando lo abordamos en la condición de *espía* o *indicio* de esas realidades.

La actitud del *extrañamiento* es, ni más ni menos, la *actitud crítica* ante la realidad que, al desplazarse de las miradas y visiones habituales de lo real —propias siempre del

pensamiento dominante en cada época histórica—, es la que observa los hechos de la sociedad y de la historia “a contrapelo” y a contracorriente de las formas tradicionales y tersas de los discursos hegemónicos, y hace aflorar los pasados vencidos y subterráneos, las causalidades múltiples, las visiones complejas, pero también las explicaciones nuevas, inéditas y radicalmente distintas de las mismas realidades estudiadas. Esta *actitud crítica* ha sido la de Marx, lo mismo que la de Walter Benjamin, Norbert Elias, Marc Bloch, Fernand Braudel, Edward P. Thompson, o Immanuel Wallerstein, entre otros, y no casualmente ha sido también teorizada más recientemente por el mismo Carlo Ginzburg.²⁸

Este punto de vista radicalmente *crítico* frente a la realidad tiene también, entonces, entre sus múltiples expresiones posibles, a la eventual *lectura indiciaria* de lo real y, por esta vía, la del propio paradigma o estrategia indiciaria del conocimiento.

Junto al desciframiento de los *indicios* en sentido estricto y a la lectura indiciaria, crítica e intencionada de los indicios en sentido amplio o laxo, se constituye también, como prolongación natural y, a la vez, como síntesis específica, una verdadera *estrategia indiciaria* del conocimiento humano de la realidad. Estrategia indiciaria que, en su esencia, lo que hace es reivindicar esta vía o camino cognoscitivos de aprehensión de las realidades ocultas y profundas mediante el desciframiento y la lectura de esos *indicios*, como un camino tan legítimo, fructífero, válido y productivo, como lo fue el camino representado por el paradigma galileano o racionalista del conocimiento y, antes de este último, por el paradigma platónico del mismo.

Este nuevo camino dispone de fuerza y posibilidades heurísticas y cognoscitivas que se refuerzan mucho más en la situación que actualmente atravesamos en todo el mundo, cuando los límites del paradigma galileano se hacen cada vez más evidentes, y todas las formas de la racionalidad y del pensar burgués-moderno que corresponden a dicho paradigma racionalista-galileano han entrado en una aguda e irreversible crisis terminal de su vigencia, e incluso de su misma existencia y legitimidad históricas. Pues la emergencia radical del marxismo, del psicoanálisis de Freud y, luego, de las múltiples vertientes del pensamiento social genuinamente *crítico* desarrolladas en el siglo XX ha ido haciendo evidente el altísimo precio que la humanidad debió pagar para consolidar el paradigma de la racionalidad burguesa moderna que tiene en Galileo su figura emblemática, precio que incluyó la negación del sueño y del deseo, pero también de los instintos, de la afectividad

humana, de las emociones, de la sexualidad, y de toda la entera *economía psíquica* de los seres humanos.

Ese precio también incluyó la marginación, el desprecio, la negación y luego la incorporación castrada y deformada de los saberes populares y de la riquísima y vasta cultura de las clases subalternas. La represión y negación *desacralizó* brutalmente el mundo para volverlo un mundo poblado únicamente de objetos prácticos e instrumentales, así como también rompió el diálogo, el respeto y el amor del hombre hacia la naturaleza, y degradó a esta última a la vil condición de *locus standi* y de supuesto reservorio o almacén inagotable de materias primas para el uso y disfrute del supuesto “amo y señor de la naturaleza” que era el hombre. Esta degradación múltiple envuelve la sexualidad humana, la economía afectiva del género humano, las culturas y saberes populares, la naturaleza y el mundo práctico de los objetos; y corre pareja con la marginación y desplazamiento de todas aquellas culturas y saberes no occidentales, no cristianos y no europeos; culturas y saberes que al ser esencialmente disfuncionales al nuevo orden moderno-burgués en vías de globalización, a partir del siglo XVI, fueron directamente descalificados, combatidos, reprimidos y masacrados, y en algunos casos excepcionales simplemente ignorados y olvidados. Es claro que el paradigma indiciario, en tanto estrategia alternativa del conocimiento humano, forma parte de esta vasta familia de realidades *negadas* por el capitalismo planetario, que cumple ya más de cinco siglos cronológicos de existencia.

Pero cuando este capitalismo entra en su crisis terminal, definitiva e irreversible,²⁹ lo que ha acontecido después del doble quiebre histórico que representan tanto la revolución cultural mundial de 1968 como la crisis económica internacional de 1972-73, es lógico, que vuelvan a irrumpir con fuerza esas múltiples realidades negadas y reprimidas durante medio milenio. Realidades que, al resquebrajarse las estructuras económicas, sociales, políticas y culturales de la modernidad burguesa y, junto con estas, sus estructuras afectivas, familiares, patriarcales, sexistas, racistas y eurocéntricas, van a conocer un verdadero renacimiento y refluoración impresionantes, que no solo las legitiman y revalidan en términos histórico-generales, sino que incluso las relanzan al primer plano de la escena, presentándolas nuevamente como otras tantas formas o rutas posibles de la expresión, de la manifestación, del conocimiento, del vínculo, del acercamiento o de la aprehensión humanos en general.

La reivindicación y reasunción cognoscitiva de las posibilidades y los frutos del paradigma indiciario se encuentran entre la relegitimación de saberes, culturas, actitudes y modalidades del comportamiento no occidental, no europeo, no cristiano y no dominante;

pues el saber indiciario, como se ha dicho, es propio de cazadores, adivinos, marineros, carpinteros, médicos, jueces e historiadores, pero igualmente de las clases populares sometidas y explotadas, de los subalternos en general, de los reprimidos y silenciados por distintas razones, lo mismo que de los rebeldes y los luchadores sociales que se insubordinan y rebelan contra la absurda lógica, la absurda racionalidad, y el absurdo orden del capitalismo mundial contemporáneo vigente.

Esta reivindicación del paradigma indiciario origina, entonces, todo un complejo universo de preguntas y temas todavía *abiertos*, y que apenas afloran hoy para su solución por historiadores y científicos sociales actuales: ¿el desciframiento de indicios estrictos, la lectura indiciaria de hechos sociales y el paradigma indiciario cómo se vinculan en general, cómo históricamente y de modo concreto con el saber y cultura de las clases subalternas y oprimidas dentro de la historia? Y ¿cómo este desciframiento, lectura y paradigma han sido expropiados por las clases dominantes para usarlos en contra de las clases sometidas y explotadas? Pero también ¿cómo es posible hacer dialogar y quizá integrar las conquistas y avances del paradigma indiciario con los logros y desarrollos de esa *otra* forma de racionalidad que es el paradigma galileano? O más ampliamente: ¿cómo recuperar los aportes del paradigma indiciario, más allá del saber y de la cultura populares, sin renunciar a los elementos aún rescatables y legítimos del saber moderno burgués de los últimos quinientos años, en la lógica de la construcción de nuevos saberes y nuevas formas de la cultura humana? Y ¿cómo asimilar dentro de estos nuevos saberes y culturas, hoy de urgente construcción, a los saberes prehispánicos de América Latina,³⁰ a los saberes orientales, a los saberes africanos, a los saberes musulmanes, entre otros, de todas las civilizaciones y pueblos avasallados y negados por el saber eurocéntrico hoy todavía dominante?

Se trata de preguntas vastas y complejas que derivan de una lectura seria y atenta del ensayo “Indicios” de Carlo Ginzburg. Y que para su adecuada respuesta requerirían de la escritura no solo de un ensayo sino de todo un libro. Lo que, en nuestra opinión, explica el hecho de que Carlo Ginzburg hubiese anunciado su texto “Indicios”, publicado en 1979, solo como una “versión provisional” de una futura versión definitiva, enfatizando que esta era una “versión ampliada” de su texto publicado en 1978, pero que estaba “todavía muy lejos de ser definitiva”. Y aunque Carlo Ginzburg no ha publicado hasta hoy dicha versión “definitiva”, sin embargo, y como él mismo ha subrayado recientemente, las líneas argumentativas principales de su ensayo han continuado alimentando y potenciando todo su trabajo posterior.

Tratemos, para concluir, de aplicar en algún sentido el paradigma indiciario para explicar la redacción y el impacto mundial del texto “Indicios. Raíces de un paradigma indiciario”: preguntémosnos: ¿de qué es *indicio* el texto metodológico de Carlo Ginzburg, publicado en 1978 y ampliado en 1979, que versa justamente sobre el paradigma indiciario? La respuesta, sin duda: es un *indicio* de la crisis global de las estructuras generales del saber moderno burgués hoy dominante; y también es una clara *huella* o *indicio* de los múltiples esfuerzos que llevan a cabo los historiadores realmente *críticos* y los científicos sociales que intentan pensar la realidad a contrapelo de los discursos hegemónicos; labor que se realiza en el plano de la historiografía y de las ciencias sociales actuales para generar y reconstruir las urgentes y *nuevas formas del saber y del conocer humanos* que requerirá y desarrollará la nueva sociedad, no capitalista, que ya se percibe claramente en nuestro cercano y todavía incierto, pero altamente esperanzador futuro.

Notas

- * Este trabajo de Carlos Antonio Aguirre Rojas apareció originalmente en la revista *Contrahistorias*, núm. 7, México, D. F., 2007, pp. 37-62. [Nota de *Summa Humanitatis*].
- 1. Publicado en italiano en 1976, es actualmente el libro más difundido y comentado de Carlo Ginzburg en todo el mundo. Sobre la contribución que *El queso y los gusanos* (Ginzburg, 1998 [1976]) representa para el campo de la historia cultural, véase Aguirre Rojas (2006b).
- 2. Vale la pena destacar que la versión del libro se publicó luego, aunque sin notas, en una revista italiana de gran circulación, *Ombre Rosse*, lo que amplió la difusión de este ensayo entre el gran público italiano, y coadyuvó a su mayor y más inmediato impacto intelectual, dentro de los círculos académicos y culturales de la Italia de esos años.
- 3. La lista precisa de las traducciones del ensayo es la siguiente: de la primera versión de 1978, hay una traducción holandesa de 1978 y una inglesa de 1979. De la versión más amplia de 1979, existen dos traducciones al inglés (1980 y 1983), al alemán (1980), al francés (1980), dos al holandés (ambas en 1981), al sueco (1983), seis al español (1982, 1983, 1989, 1995, 2003, 2004), dos al japonés (1986 y 1990), al danés (1986), al ruso (1994), dos al coreano (1994 y 2000) y al griego (1996).

Todas estas, sin contar las versiones incluidas en las distintas traducciones del libro *Mitos, emblemas, indicios*: dos ediciones en alemán (1983, anterior a la propia edición italiana, y 1995), al japonés (1988), al holandés (1988), al francés (1989), al portugués (1989), al español (1989), al sueco (1989), dos al inglés (1989 y 1999), al finlandés (1996), al danés (1999) y al ruso (2004). Es decir, que este ensayo de Carlo Ginzburg ha conocido, en versiones reducidas o extensas, cuatro distintas ediciones en italiano y treinta y cinco ediciones en trece otras diferentes lenguas (aunque ello, sin contar las reediciones de cada uno de los libros mencionados en esta lista). A partir de esto, es importante subrayar que “Spie” es, sin duda, el más traducido y difundido de los artículos que ha escrito Carlo Ginzburg hasta hoy. Para las referencias completas, véanse la “Bibliografía de Carlo Ginzburg” en Colonnello y Del Col (2003: 167-191), y Accademia Nazionale dei Lincei (2005: 34-44).

4. En la revista *El Viejo Topo*, núm. 68, 1982; en los libros *Crisis de la razón*, México, D. F., Siglo XXI, 1983; *Mitos, emblemas, indicios*, Barcelona, Gedisa, 1989; *El signo de los tres*, Barcelona, Lumen, 1989; *Discusión sobre la historia*, México, D. F., Taurus, 1995; *Tentativas*, Morelia, Universidad Michoacana, 2003; y *Tentativas*, Rosario, Prohistoria, 2004. Conviene subrayar que estas dos apariciones de *Tentativas* emplean una versión en español que tuvo en cuenta las traducciones anteriores y fue revisada y aceptada por el propio Ginzburg.
5. El ensayo de Carlo Ginzburg fue enviado al Subcomandante Marcos por Adolfo Gilly, y suscitó varias interesantes críticas de aquel, así como una larga respuesta de Gilly. Fueron publicadas en la revista *Viento del Sur*, núm. 8, México, D. F., 1995, y reeditadas en el libro *Discusión sobre la historia* antes mencionado.
6. Después de 1979, Ginzburg *no volverá a utilizar* el término *paradigma indiciario* hasta el año 2000, cuando vuelve a emplearlo en la Introducción de su libro *No Island is an Island* (Ginzburg, 2000a: XIII). Su distanciamiento explícito del término se había manifestado ya en la entrevista que concedió a Adriano Sofri en 1982, y que fue publicada en el diario *Lotta Continua* del 17 de febrero de 1982 (y en español, en *Barriera* 2002, y en la revista *Ruptura*, núm. 10-11, Villahermosa, 2002). Véase también Ginzburg, 2007. En la entrevista de 1982, Ginzburg le responde a Adriano Sofri, que afirma que “Indicios” ha convertido al propio Ginzburg en un verdadero *Maitre à penser*, lo siguiente: “Me he dado cuenta, es verdad, de que existía una cierta presión, proveniente de muchas partes, y que era a veces declarada y a veces no, para que me transformase en el ideólogo oficial del

'paradigma indiciario'. Esta idea no me gustaba para nada, y he tratado de escabullirme hacia otra parte, moviéndome un poco, y entonces me he puesto a escribir el libro sobre Piero" (Barriera 2002: 223).

7. Esto lleva a Braudel, por ejemplo, a decir que ha sido Marx "el primero en fabricar verdaderos modelos sociales a partir de la larga duración histórica", lo que también hicieron, según el mismo Braudel autores como Michelet, entre otros. Sobre este punto, véase el ensayo "Historia y ciencias sociales. La larga duración", incluido en Braudel 1991, y también Aguirre Rojas 2004a y 1992. También por eso, Carlo Ginzburg afirma, con tono en parte irónico y en parte serio, que al explicitar el paradigma indiciario, había quizá afirmado una "banalidad", o después, que había dicho cosas que estaban ya en el aire o atmósfera de esa época (cfr. Ginzburg, 2003c y también Ginzburg, 2007). Pero, en nuestra opinión, su mérito esencial está en haber realizado la *explicitación y teorización* de dichos modos del conocimiento humano, esa verdadera "toma de conciencia" de dichas estrategias cognoscitivas fundamentales.
8. El término italiano *spie* tiene ese *doble* significado que no se repite en otras lenguas, de 'espía', es decir, de alguien que busca saber lo que oficialmente está prohibido conocer, pero también de 'indicio' o 'pista' que da acceso a una realidad de otro modo difícilmente accesible.
9. Sobre este punto, véanse Benjamin 2005 y Aguirre Rojas 2004b.
10. Sobre este punto, vale la pena releer la brillante obra *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg, y también Aguirre Rojas 2006b.
11. Más recientemente Ginzburg ha insistido en esta compleja relación entre normas y casos, y en este punto entre normas y casos *anómalos* (Ginzburg 2004: 556); ahí afirma la mayor riqueza de partir de las anomalías para llegar a dichas normas. Y justamente, una de las virtudes del paradigma indiciario reside en permitir el acceso a ese caso —anómalo o no— para a través de él llegar finalmente a la norma y a la totalidad, y con ello a esta dialéctica entre lo general y lo particular; tema, por lo demás, igualmente central para todos los autores de la importante corriente de la microhistoria italiana. Sobre esta última y sobre este problema, véanse Aguirre Rojas 2003a y 2003b.

12. En este sentido, el paradigma indiciario se inscribe en toda la tradición de la historiografía y de las ciencias sociales genuinamente *críticas*, las que desde Marx y hasta hoy han tratado también por muy diversas vías de *superar* y *dialectizar* estas falsas antinomias rígidas y simplistas, que oponen, por ejemplo, al individuo y a la sociedad, al personaje y al contexto, al actor social y a las estructuras, a la macrohistoria con la microhistoria, a lo global con lo local, a lo material con lo espiritual, a lo económico con lo cultural, y un largo etcétera posible. Autores como Karl Marx, Walter Benjamin, Norbert Elias, Marc Bloch y Fernand Braudel han criticado y superado siempre estas visiones dicotómicas rígidas, falsas y esquemáticas. Al respecto y solo para el ámbito de la historia, véanse Aguirre Rojas 2005a, 2002a, 2004c y 2006a.
13. Karl Marx plantea que, hasta ese momento en que él escribe, *no existe todavía* dentro de este campo de las ciencias sociales humanas, un trabajo equivalente al que Carlos Darwin realizó para el campo de las ciencias naturales (Marx, 1975-1981 [1867-1894]: tomo I, vol. 2, pág. 453, n. 89). Ausencia que precisamente ha intentado colmar el complejo aunque lamentablemente no totalmente completado proyecto crítico del propio Marx.
14. Véase Bloch (1996: 129-132 y 159-168), que contiene agudas reflexiones sobre este estatuto específico del conocimiento histórico, pero también con relativizaciones importantes del supuesto conocimiento “exacto” de las ciencias naturales y de la imagen general acerca de estas, ideas que recientemente han sido confirmadas tanto por la teoría del caos como también por las llamadas ciencias de la complejidad, punto que veremos más adelante.
15. Por eso, no es una casualidad que una de las vías que ha sido recorrida por Carlo Ginzburg en los años posteriores a la publicación de “Indicios”, sea precisamente la tematización del estatuto de la verdad, de la prueba, de las formas de control de los resultados, y de los procedimientos oblicuos de lectura de los testimonios dentro de la ciencia histórica. Al respecto cfr. Ginzburg (2003a) en especial los capítulos 5, 7 y 10; Ginzburg (2000a), en particular la introducción y los capítulos 1 y 2, y Ginzburg (2006).
16. Una crisis múltiple de todas las estructuras del saber burgués-moderno que se manifiesta lo mismo en el ámbito de las ciencias naturales, con el surgimiento de la teoría del caos y de las ciencias de la complejidad, que en el ámbito de las

humanidades y de las artes, al igual que en todo el territorio de las modernas ciencias sociales. Sobre este punto, que veremos adelante, cfr. Prigogine y Stengers (1997), Prigogine (1996 y 1997), Lepenies (1994) y Wallerstein (1996a, 1998a, 2001 y 2005a).

17. Las manifestaciones de estos límites del moderno saber burgués son cada vez más diversas y evidentes. Por ejemplo, es claro que la racionalidad burguesa, totalmente adialéctica, no puede aún resolver hoy en términos de su propia ciencia lógica las paradojas de Zenón de Elea sobre cómo es posible recorrer un número infinito de puntos en un tiempo finito. Pero igualmente no tiene solución a la pregunta de si Dios, que supuestamente es todopoderoso, podría entonces crear una piedra tan pesada que ni él mismo fuese capaz de levantarla. Y también estos límites se hacen evidentes en la empobrecida noción burguesa moderna del tiempo, que aún concibe bajo la estrecha tripartición de pasado/presente/futuro, criticada mil veces por los más distintos analistas del siglo XX. Es claro que solo un pensamiento genuinamente crítico y genuinamente dialéctico —y, por lo tanto, forzosamente trascendente del saber moderno burgués— puede superar estos límites y resolver estos *impasses* de ese mismo saber burgués todavía dominante. A este respecto, y a título de simples ilustraciones de estos límites, cfr. Elías (1989), Aguirre Rojas (2000b), y también la breve nota Aguirre Rojas (2002b), en donde se narra una curiosa e interesante anécdota de Niels Bohr y Ernest Rutherford.
18. Sobre este punto cfr. Mandelbrot (1983), Lepetit (1993), Wallerstein (1992), Aguirre Rojas (2004e).
19. Sobre este punto, cfr. Ginzburg (2002 y 2005), y también Aguirre Rojas (2003b).
20. Y no está demás agregar que, del mismo modo en que el célebre ensayo braudeliano constituye una clave esencial para comprender la entera obra del gran autor de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, y también de *Civilización material, economía y capitalismo*, así también, “Indicios” es una clave fundamental para entender la obra entera de Carlo Ginzburg hasta hoy concretada.
21. Sobre estas diversas interpretaciones del paradigma indiciario, entre las que se incluyen los ejemplos mencionados, cfr. los ensayos de distintos autores incluidos en las revistas siguientes: *Quaderni di Storia*, núm. 11, 1980. *Aut-Aut*, núm. 175, 1980,

y *Quaderni di Storia*, núm. 14, 1981, además del debate —donde participa Carlo Ginzburg junto a nueve autores— transcrito en *Quaderni di Storia*, núm. 12, 1980; y del ensayo de Melti Peltonen (2002). A varias de estas malas interpretaciones ha aludido el mismo Ginzburg (2003c).

22. Sobre este punto, cfr. Ginzburg (2002), Levi (1993), Grendi (1977) y Aguirre Rojas (2003b y 2003a).
23. ¿Quién conoce mejor a la naturaleza en sus dimensiones concretas y singulares que el campesino que convive con ella a diario? ¿Quién sabe más sobre los modos y comportamientos singulares del material y de los objetos fabricados que sus creadores, los obreros de las fábricas? ¿Y quién conoce mejor la ciudad que sus clases populares, que la viven, sufren, gozan, y crean y recrean cada día? Lo que no impide, naturalmente, que ese conocimiento de la naturaleza, de los productos o de la ciudad pueda ser parcial, incompleto y hasta en parte erróneo, pero igualmente legítimo y fundamental para que esas clases subalternas, como dice Norbert Elias, puedan “orientarse de manera funcional y práctica dentro del mundo”.
24. Sobre este punto, cfr. Aguirre Rojas (2004c, 1999, 2002a).
25. En el epígrafe del presente ensayo también reproducimos esta cita, ahí en traducción nuestra.
26. Para estas referencias, véanse Bloch (1996: 171) y, con más amplitud, (1996: 168-176). Véase también Aguirre Rojas (2005b).
27. Cfr. Carlo Ginzburg (2003c: 163).
28. Cfr. Carlo Ginzburg, “Extrañamiento. Prehistoria de un procedimiento literario” (Ginzburg, 2000c), y también Ginzburg (2003b). Solo como posibles ejemplos para esta misma actitud crítica en Marx, a la que puede vincularse además esta lectura indiciaria, cfr. Echeverría (2003). Y para el caso de esta perspectiva crítica, presente igualmente en la obra de Fernand Braudel, cfr. Aguirre Rojas (2004a).
29. Sobre la crisis terminal del capitalismo y sus múltiples consecuencias, cfr. Wallerstein (2005b, 2006b y 1998b). También Aguirre Rojas (2005c, 2005d y 2004d).

30. Sobre este punto, a título de ejemplo, recomendamos ver Lenkersdorf (1996 y 2002), libros en donde se muestran la enorme riqueza y complejidad de la concepción del mundo de los indígenas mayas tojolabales, concepción sin la cual es imposible entender de manera adecuada y completa al digno movimiento indígena neozapatista mexicano. Concepción rica y elaborada que, como lo muestra varias veces el autor y como lo demuestra el movimiento neozapatista, puede muchas veces convertirse en una *real alternativa* de superación frente a la terrible crisis actual de la política moderna, o frente al recalcitrante egoísmo capitalista de las más modernas sociedades contemporáneas, o al caos económico y ecológico que producimos cada vez más peligrosamente, o a la grave destrucción del tejido social característica de la mayoría de los países, en suma, a la actual crisis terminal del capitalismo mundial a la que antes hemos aludido.

Bibliografía

Accademia Nazionale dei Lincei, 2005, Premi “Antonio Feltrinelli” 2005. Estratto, Accademia Nazionale dei Lincei.

Aguirre Rojas, Carlos Antonio, 2006a, Retratos para la historia. Ensayos de contrahistoria intelectual, México, D. F., Contrahistorias.

_____, 2006b, “*El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de la cultura de las clases subalternas*”, en Aguirre Rojas (2006a).

_____, 2005a, Antimanual del mal historiador, 8.^a edición, México, D. F., Contrahistorias.

_____, 2005b, La ‘escuela’ de los Annales, 7.^a edición, México, D. F., Contrahistorias.

_____, 2005c, Para comprender el siglo XXI, Barcelona, El Viejo Topo.

_____, 2005d, América Latina en la encrucijada, México, D. F., Contrahistorias.

_____, 2004a, Fernand Braudel et les sciences humaines, París, L’Harmattan. [Versión ampliada con bibliografía actualizada de Aguirre Rojas (1996)].

- _____, 2004b, “Walter Benjamin y las lecciones de la historia a contrapelo”, en UNAULA, núm. 24, Medellín.
- _____, 2004c, La historiografía en el siglo XX, Barcelona, Montesinos.
- _____, 2004d, Immanuel Wallerstein: Crítica del sistema-mundo capitalista, 2.^a edición, México, D. F., Era.
- _____, 2004e, “Una perspectiva global del análisis de los sistemas-mundo”, en Aguirre Rojas (2004d: 111-135).
- _____, 2003a, Contribución a la historia de la microhistoria italiana, Rosario, Prohistoria.
- _____, 2003b, “Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana”, en Histórica, vol. XXVII, núm. 2, Lima.
- _____, 2002a, Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.
- _____, 2002b, “Aprendiendo a pensar”, en Memoria, núm. 161, México, D. F., p. 62.
- _____, 2000a, Ensayos braudelianos, Rosario, Prohistoria.
- _____, 2000b, “La larga duración: *in illo tempore et nunc*”, en Aguirre Rojas (2000a).
- _____, 1999, Itinerarios de la historiografía del siglo XX, La Habana, Centro Juan Marinelo.
- _____, 1996, Fernand Braudel y las ciencias humanas, Barcelona, Montesinos. [Hay versión ampliada con bibliografía actualizada en Aguirre Rojas (2004a)].
- _____, 1992, “Between Marx and Braudel: Making history, knowing history”, en Review, vol. 15, núm. 2.

Barriera, Darío Gabriel (comp.), 2002, Ensayos sobre microhistoria, Morelia, Jitanjáfora.

- Benjamin, Walter, 2005, Tesis sobre la historia y otros fragmentos, México, D. F., Contrahistorias.
- Bloch, Marc, 1996, Apología para la Historia o el oficio de historiador, ed. crítica preparada por Étienne Bloch, México, D. F., Fondo de Cultura Económica – Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- _____, 1993, Apologie pour l'Histoire ou Metier d'historien, París, Armand Colin. [De esta edición se toma el epígrafe de este ensayo, traducción nuestra].
- Braudel, Fernand, 1991, Escritos sobre historia, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Burke, Peter (comp.), 1993, Formas de hacer la historia, Madrid, Alianza Editorial.
- Colonnello, Aldo y Andrea del Col, 2003, Uno storico, un mugnaio, un libro. Carlo Ginzburg. Il formaggio e i vermi, 1976-2002, Trieste, Università di Trieste.
- Echeverría, Bolívar, 2003, “La historia como desencubrimiento”, en Contrahistorias, núm. 1, México, D. F., septiembre de 2003.
- Elías, Norbert, 1989, Sobre el tiempo, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Gargani, Aldo Giorgio (ed.), 1979, Crisi della Ragione, Torino, Einaudi.
- Ginzburg, Carlo, 2007, “Reflexiones sobre una hipótesis. El paradigma indiciario veinticinco años después”, en Contrahistorias, núm. 7, México, D. F.
- _____, 2006, Il filo e le tracce. Vero, falso, finto, Milán, Feltrinelli.
- _____, 2005, “Details, gros plans, microanalyse. Reflexions sur un livre de Sigfried Kracauer”, en Theomai, núm. 11, abril de 2005, en <http://www.unq.edu.ar/revista-theomai.htm>.
- _____, 2004, “Family Resemblances and Family Trees: Two Cognitive Methapors”, en Critical Inquiry, núm. 30, Chicago. [Versión en español en Contrahistorias, núm. 7, 2007, México, D. F.].

- _____, 2003a, *Tentativas*, Morelia, Universidad Michoacana. [Existe también otra edición de este libro (Rosario, Prohistoria, 2004)].
- _____, 2003b, "Tolerancia y comercio. Auerbach lee a Voltaire", en *Contrahistorias*, núm. 1, México, D. F., septiembre de 2003.
- _____, 2003c, "Intervención sobre el paradigma indiciario", en Ginzburg (2003a); también reproducido en *Contrahistorias*, núm. 7, 2007, México, D. F.
- _____, 2002, "Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella", en *Ruptura*, núm. 10-11, Villahermosa.
- _____, 2000a, *No Island is an Island*. New York, Columbia University Press.
- _____, 2000b, *Rapporti di forza*, Milán, Feltrinelli
- _____, 2000c, *Ojazos de madera*, Barcelona, Península.
- _____, 1998 [1976], *El queso y los gusanos*, México, D. F., Océano.
- _____, 1979, "Spie. Radici di un paradigma indiziario", en Gargani (1979: 59-106).
- _____, 1978, "Spie. Radici di un paradigma scientifico", en *Rivista di Storia Contemporanea*, vol. 7, pp. 1-14.
- Grendi, Edoardo, 1977, "Microanalisi e storia sociale", en *Quaderni Storici*, núm. 35.
- Lenkersdorf, Carlos, 2002, *Filosofar en clave tojolabal*, México, D. F., Miguel Ángel Porrúa.
- _____, 1996, *Los hombres verdaderos*, México, D. F., Siglo XXI.
- Lepenies, Wolf, 1994, *Las tres culturas*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Lepetit, Bernard, 1993, "Architecture, Géographie, Histoire: Usages de l'échelle", en *Gèneses*, núm. 13.

Levi, Giovanni, 1993, "Sobre Microhistoria", en Burke (1993).

Mandelbrot, Benoit, 1983, The fractal geometry of nature, Nueva York, W. H. Freeman.

Marx, Karl, 1975-1981 [1867-1894], El capital, (8 volúmenes), México, D. F., Siglo XXI.

Peltonen, Melti, 2002, "Indicios, márgenes, mónadas. Acerca del advenimiento de la 'nueva microhistoria'", en Barrera (2002).

Prigogine, Ilya, 1997, Las leyes del caos, Barcelona, Crítica.

_____, 1996, El fin de las certidumbres, Santiago de Chile, Andrés Bello.

Prigogine, Ilya e Isabelle Stengers, 1997, La nueva alianza, Madrid, Alianza Editorial.

Wallerstein, Immanuel, 2005a, Las incertidumbres del saber, Barcelona, Gedisa.

_____, 2005b, La crisis estructural del capitalismo, México, D. F., Contrahistorias.

_____, 2001, Conocer el mundo, saber el mundo, México, D. F., Siglo XXI.

_____, 1998a, Impensar las ciencias sociales, México, D. F., Siglo XXI.

_____, 1998b, Utopística, México, D. F., Siglo XXI.

_____, 1996a, Abrir las ciencias sociales, México, D. F., Siglo XXI.

_____, 1996b, Después del liberalismo, México, D. F., Siglo XXI.

_____, 1992, "The challenge of maturity. Weather social science?", en Review, vol. 15, núm. 1, Binghamton.

Usted puede copiar, distribuir, exhibir y comunicar este trabajo bajo las siguientes condiciones:

Reconocimientos:

Al autor: citar, reconocer y dar crédito al autor original.

A la revista *Summa Humanitatis*: citarla bibliográficamente.

No Comercial. No puede utilizar este trabajo para fines comerciales.

No Derivados. No puede alterar, transformar, o añadir nada a este trabajo.